

Los bonos que recibieron los carlistas eran un alivio, no un remedio; seguía mal la causa carlista. Baldrich se paseaba por la montaña con una pequeña fuerza de caballería, las presentaciones aumentaban, y el 8 de agosto escribía don Carlos, lleno de tristeza, que había alimentado esperanzas de un movimiento en las provincias del Norte; pero habiéndose negado decididamente á hacerlo con los medios que podía proporcionar, se lo participaba á su hermano, para que, así como antes por las esperanzas que tenía mandaba sostenerle, ahora decía no contasen con nada, y que don Alfonso, Cevallos, y algún otro, le diesen lo que podían y pensaban hacer. Esto era ya decisivo, pero había mas decision y menos desaliento en Savalls, Castells, Tristany y algunos otros.

Operaba en la provincia de Gerona el brigadier Hidalgo, que batió á los carlistas en San Pedro de Osor, en la Sellera, en San Quirse de Besora y en Rupit, mandando en este día la columna el coronel García Reina; felicitándose por su parte los carlistas de los encuentros tenidos en Sellera de Anglés, en Tabartet y otros. Con el auxilio de columnas que no estaban á sus órdenes pudo Hidalgo acorralar á sus enemigos contra la frontera por la parte de San Lorenzo de la Muga, obligándoles á entrar en gran número en Francia, haciéndoles algunos prisioneros, produciendo esto el quedar la provincia casi sin carlistas por algunos días; mas habiéndole reprendido Baldrich por haber dispuesto de aquellas fuerzas, olvidando que él mismo le había autorizado para echar mano de ellas, no pudo operar en disposicion de impedir la entrada en España de los que pasaron la frontera, y la policía francesa dejó en libertad de volver á repasar, ni la reunion de los dispersos.

Sumaban por entonces los carlistas armados en la provincia de Gerona unos 1,400 hombres, divididos en cuatro batallones y un escuadron, mandados por Savalls, Huguet, Vila de Prat y Sabater, que operaban ya juntos, ya separados, ya en la provincia ó en la inmediata de Barcelona, segun las circunstancias. Algunas de estas fuerzas tuvieron el 16 de agosto un encuentro con la columna de Arapiles que mandaba Sorribes, en San Pedro de Torelló, posesionándose á los dos días de Vidrá. Allí acudió Hidalgo, y al empezar el combate, y viendo que una compañía de Navarra vacilaba tras de los árboles, en una especie de alameda á tiro de pistola de las tapias, sufriendo un fuego que con mas valor hubiera evitado, se dirigió á alentarla y fué herido de dos balazos en la pierna y muerto el caballo que montaba. Ocultó sus heridas, arengó á la tropa y oficiales con energía, sin obtener mas resultado que el intentar suicidarse con su revolver el pundonoroso coronel Galan, que el día antes fué dado á conocer como teniente coronel primer jefe del batallon de Navarra. Procuró Hidalgo suplir la debilidad de este batallon con otras fuerzas, que aunque escasas se batieron bizarramente, posesionándose del pueblo. Atacaron en seguida las casas de *Caballé vich* y grande, valientemente defendidas por los carlistas, peleándose hasta en la cocina, apelando para defenderse al agua hirviendo, á las tejas y á los ladrillos, penetrando los soldados liberales por las ventanas, y en la casa rectoral por el tejado, y aprovechando Savalls el momento en que una nube cubrió la luna, salió con su gente de las casas de Caballé, subió al monte y todos reunidos fueron á la villa de Llayers. Las pérdidas de ambos combatientes entre muertos y heridos ascendieron á unos 70 hombres. Si la columna de Arapiles á la que llamó Hidalgo, hubiera llegado cuando la esperaba, mal lo habrían pasado los carlistas y difícilmente se hubiera librado Savalls de caer en manos de sus enemigos.

Las partidas continuaban, la lucha se sostenía, el entierro en Igualada de Cadiraire, animaba el espíritu hostil entre los carlistas, en vez de imponer el espectáculo de la muerte, y aquella guerra, especialmente en la provincia de Gerona, era

que se sublevaron los humanitarios sentimientos de don Alfonso, que llamaba bárbara tan bárbara orden.

Afortunadamente para la humanidad, ni Cevallos dió tal orden, ni la hubiera dado. Le horrorizaba tan inhumana autorizacion: la creía tambien inútil, por considerar perdida la causa carlista que agonizaba en Cataluña; deseaba retirarse al seno de su familia y no quiso ser instrumento de inútil derramamiento de sangre, ni hacer semejante barbaridad. HISTORIA CONTEMPORÁNEA, ANALES, etc.

ya el tormento de las autoridades militares de Cataluña, de los jefes de columnas, é impacientaba al gobierno y al país. Se dan por exterminadas las partidas, y sorprenden el 31 de agosto entre Moyá y Castelltersol á la columna de Fajardo, que por evitar el encuentro con Savalls por la carretera de Granollers se dirigía á Barcelona por la de Castelltersol; sostienen reñida accion el 12 de setiembre en las sinuosidades de Vallcebre con la columna de Macías, los carlistas mandados por Castells, Vila de Prat, Camps y otros, que en excelentes posiciones, con trincheras y barricadas naturales, no temidas por las fuerzas liberales, en aquellas atacaron á sus enemigos á pesar de la gran ventaja con que estos se defendían. Tres horas duró aquel empeñado bregar, sufriendo las tropas de Macías las frecuentes, inmediatas y compactas descargas de los enemigos, sin que se arredraran aquellos valientes de tan mortífero fuego, de los muchos compañeros que caian cada- veres, trepando los que sobrevivían hasta asaltar las que parecían inaccesibles posiciones, apoderándose de ellas y dispersando á sus defensores. No se dieron los carlistas por derrotados; no lo fueron en verdad, ni podían serlo en aquel terreno y despues de sostener tantas horas el combate: atribuyóse, sin embargo, Castells el triunfo. Lo mismo hizo Savalls vanagloriándose con mas razon de la victoria en Anglés el 14 de setiembre, escribiendo á don Alfonso desde Viladrau, que tan reñido combate, que empezó á la una, duró hasta el amanecer; que parte de la columna liberal se encerró en el pueblo de Anglés y en dos casas inmediatas, hasta cuyas puertas fué acosada por los carlistas; y en la orden del día dada á sus voluntarios, presentó aquel como el de mas júbilo si no el mas glorioso de toda su vida, participándoles el obsequio que acababa de hacerle la junta central de Cataluña, una espada con empuñadura de marfil, que la había aceptado, considerándose solo depositario de aquel premio, que pertenecía á sus voluntarios.

Invasión nuevamente Manresa, se atreven ya los carlistas á prohibir circulen tropas por los ferro-carriles, hacen fuego á los trenes que las llevaban, cortando la vía para que descarrilaran los carruajes y quemarlos; derrota Navarro á Castells en San Lorenzo dels Morunys, y Baldrich alcanza en Campdevanol á Savalls, procurando arrojarse á Francia, mientras Font de Mora por la parte de Anglés, Arrando por la de Amer, Fajardo por la de Bañolas, Pieltain por la de Tortellá y Reina por la de Santa Pau y Olot secundaban los propósitos del capitán general, y otras columnas hacían lo mismo en distintos puntos del Principado. Y no bastaba esto para exterminar á aquellas partidas, que lejos de sucumbir penetraban en poblaciones como Balaguer, bloqueaban á Igualada y Sampedor por no haber pagado la contribucion exigida; invadía Farré la Pobra de Segur, rindiéndose su escasa guarnicion refugiada en la iglesia, y aumentándose su gente; sostenían Isern, Cambó y Orri un reñido encuentro con la columna de Reina y la de Figueras en Tortellá; penetraba Torres en Agramunt; Gomis y la gente de Castells peleaban en las inmediaciones de la Pobra, y las partidas de Frígola, Huguet con Savalls, desde las formidables alturas de la Mare de Deu del Coll hacían frente el 21 de octubre á la columna de Font de Mora mandada por Cabrinety, que se colocó en el centro de las posiciones enemigas, ocupadas por la gente de Huguet, que la guiaba aunque enfermo, mientras Savalls fingía retirarse. Envueltos entre cuatro fuegos los liberales, le sostuvieron briosamente cerca de cinco horas, hasta que la noche impidió la continuacion del combate.

En la provincia de Tarragona pudo evadir Tallada la persecucion, atravesando el Francoí y penetrando en la de Lérida, donde atacó á Seró, que defendieron bien sus voluntarios; pero no prosperaban por entonces los carlistas en esta parte de Cataluña, ni aun en las demás, excepto en la montosa Gerona. El mismo Vallés escribía desde Margalef, á donde había tenido que guarecerse para dar alimento y descanso á sus voluntarios, activamente perseguidos por las columnas de Lérida, Prades, Cornudella y Falsset, que se devanaba los sesos para ver de organizar la provincia de Tarragona, porque nadie secundaba el movimiento, y estaban los ánimos decaídos y amilanados.

Despues de eludir Savalls algunas celadas que le prepararon, peleó en San Pedro de Ossort, bajó al Ampurdan, penetró en Palamós, sin hallar obstáculo en los buques de la armada estacionados; llamado por los carabineros de San Feliu de Guixols, le recibieron á balazos cuando se presentó; siguió luego hasta San Cepriá de Villalta, tres horas y media de Mataró, cobrando las contribuciones, y en otros pueblos de la costa, desarmando en Canet de Mar á los voluntarios, haciendo lo mismo Castells en Caldas de Montbuy y pueblos de la parte sur de Barcelona, y al regresar Savalls de su atrevida expedicion por las llanuras del Ampurdan y algunos pueblos de la marina, sostuvo el 2 de noviembre dos horas de fuego en las alturas de Plá de las Arenas con las columnas de Andía y Cabrinety, principiando la accion con la primera, sosteniéndose empeñadamente por una y otra parte hasta la llegada de la noche. Despues sostuvo otra accion con Cabrinety delante de Vidrá, y al día siguiente en el Clot con dos ó tres columnas, que á haber estado mejor dirigidas, se hubieran apoderado de todos los carlistas. Por estos y otros descuidos en la lucha que contra aquel infatigable jefe carlista emprendió Baldrich, llevó la mejor parte Savalls, que no sucumbió ante aquella constante persecucion, que le obligó á continuas marchas y contramarchas, á frecuentes combates y al cansancio y fatiga de sus perseguidores, que hallaban de improvisó á su espalda al que iban persiguiendo y acosando. Tanto llamaron la atencion Savalls y Castells, que les escribió don Carlos ensalzando y admirando sus hechos: que siguieran adelante, les decía, comunicando su valor, difundiendo su fe, su esperanza y entusiasmo; que no serian inútiles sus esfuerzos porque él no desmayaba un solo momento, queriendo estar á su lado y compartir sus fatigas y peligros, teniendo que sacrificar los deseos de soldado ante los deberes de rey; y que no pudiendo dirigir á todos sus palabras las dijera Savalls en su nombre, que además de las bendiciones de Dios y la gratitud de la patria, contarán con su ardiente cariño y admiracion entusiasta.

Activa é inteligente persecucion experimentaron Savalls y Castells del general Andía, segundo cabo de Cataluña, que adoptó el acertado plan de Concha en 1848, obligando á Savalls á retirarse por el Coll de Bellmunt con pérdida de muertos, heridos y prisioneros. Mas afortunado Castells pudo entrar en Tárrega, cobró contribuciones, destruyó el telégrafo, retiróse hacia Agramunt y fué atacado. Tambien lo fueron á los dos días Guui y Farré por el coronel Gamir en Balaguer; no siendo menos valiente la resistencia que la acometida, logrando al fin Gamir desalojar á los carlistas y penetrar en la villa, á costa de alguna pérdida, saliendo él mismo mal herido y muerto el capitán de artillería Arana. Mayores pérdidas tuvieron los carlistas, pero vencieron el grave apuro en que se vieron de que fuera tomado el puente por el que habían de retirarse.

Encuentros de esta naturaleza eran frecuentes, y los carlistas, no solo se iban sosteniendo, sino aumentando. Baldrich pudo convencerse de que sus planes no le dieron el resultado que esperaba. Relevóle Gaminde, cuyo nombramiento fué duramente combatido por los radicales en el Congreso, por lo que les había resistido y á los republicanos en su anterior mando, y por no considerarle tan revolucionario como deseaban lo hubiera sido. Enérgica autoridad necesitaba Cataluña que atravesaba una situacion harto grave, por haberse levantado en armas contra las quintas y aclamando la república el Xich de la Barraqueta, el alcalde de San Martin de Torrellas y otros en Martorell, y hasta en el mismo Gracia, á las puertas de Barcelona. No podían tener mejor auxilio los carlistas; por lo que mandó Savalls desde Rupit el 2 de diciembre á todas las autoridades civiles y militares de la provincia de Gerona, se protegiera á las partidas republicanas.

Menudearon los encuentros, Savalls y Huguet se atrevieron á atacar á Olot y Castells penetró sigilosamente en Manresa en la noche del 8 de diciembre, haciendo en el teatro, en la fonda de Santo Domingo y en el café de Gual varios prisioneros, indemnizados con los que hizo el coronel Mola obligando á evacuar á Manresa á los que la invadieron y apoderándose de los que trataron de defender el café Gual. Arrando y Mola

chocaron con Vila de Prat y Torre, en el valle de Espinervas, en las alturas del Hostal de Farriols y en Oliana, con buen éxito; otra vez peleó Mola en Caserras con varias partidas reunidas, tomándolas el pueblo á la bayoneta, haciéndoles unos 70 prisioneros, entre ellos el jefe Santamaría y su hijo, obligándoles á retirarse aunque era inferior el número de los liberales. Mal parada por este hecho de armas la reputacion de Castells, se atribuyó á él su inmediata destitucion. Tambien fueron reemplazados los comandantes generales carlistas de las provincias de Tarragona y de Lérida porque no progresaba mucho su causa, nombrándose á Vallés, Roselló y á Nasarre, dirigiendo ambos sendas proclamas para aumentar sus huestes, mostrándose uno y otro jefe menos intransigentes de lo que acostumbraban, y Nasarre especialmente recomendaba á los voluntarios el respeto á las personas cualquiera que fuese su opinion, á las propiedades, y moralidad pura en todos los actos; se declaraba protector de los pacíficos leridanos, á los que agradecería le avisaran de cualquier cuadrilla de bandidos que apareciera para exterminarla, y que las contribuciones que se cobrarían de los pueblos no gravarían la riqueza imponible mas allá del 12 por ciento. No dejaba de ser esto un consuelo cuando se cometían excesos como los que se vió obligado á condenar don Alfonso, ordenando que inmediatamente se formase sumaria contra el jefe que dispuso los delitos de Rajadell y el abominable atentado cometido por Costilludo, sobre un puente bajo el cual atraviesa la vía férrea de Zaragoza, intimando hiciese alto un tren de pasajeros, cuyo tren no pudiendo detener la velocidad de su marcha en un descenso, sufrió una descarga que causó algunos heridos.

Con varios combates de escasa importancia terminó el año de 1872. La guerra continuaba en Cataluña sin ser secundada en otros puntos. Para animar don Alfonso á los que consideraban inútiles los esfuerzos que se hacían, dió el 28 de diciembre un decreto expulsando del ejército carlista á todos los jefes, oficiales y demás clases que habiendo pertenecido en cualquier época á las filas reales en Cataluña no se presentasen hasta el 15 de enero de 1873, exceptuando á los imposibilitados por su edad ó achaques. Al mismo tiempo dirigió á los catalanes una proclama fechada en su cuartel general, que aun era su escondite en la frontera, alentándoles á tomar las armas, haciendo abstraccion de una apatía censurable, de un recelo injustificado, de un egoismo punible, de una susceptibilidad mal comprendida, de una desconfianza peor aconsejada ó de una pusilanimidad vergonzosa é indigna.

En el resto de España no tenían importancia las partidas que aun subsistían ó de nuevo se creaban. Continuaba el Pasiago en Aragon; volvió Madrazo á levantar carlistas en los distritos de Daroca y Calatayud; empezó á formar su partida Aparicio; levantóse otra en Paracuellos de la Rivera; el escribano de Daroca Ruiz de Luna, erigiéndose en autoridad mandaba á los alcaldes y proclamaba los fueros de Aragon, como ofrecidos por don Carlos; pero eclipsó á todos estos partidarios don Manuel Marco y Rodrigo, conocido comunmente por Marco de Bello, por haber nacido en este pueblo. Designóle don Carlos para el mando de las fuerzas de Aragon; derrotado y herido en Cantavieja, no fué esto obstáculo para que dejara de lanzarse á la guerra meses despues, dando una proclama, notable por su templanza; presentóse en las cercanías de Calamocha con unos 600 hombres, bien armados, entró á poco en Cantavieja con 1,300, dejó aquí guarnicion y quien instruyera á los jóvenes de familias acomodadas que se le unían, y en dos expediciones que pudo hacer recorriendo la provincia de Teruel, parte de la de Zaragoza y de la de Guadalajara, reunió mas de 4,000 hombres, cuyo número hubiera duplicado á tener armamento.

Mas que la política, influyeron cuestiones de localidad y de elecciones entre los partidos de la *capa* y de la *manita* que existían en Alcalá de Chisvert, para que se lanzara al campo el hasta entonces pacífico labrador don Pascual Cucala, que figuraba á la cabeza de los últimos. Con solo 8 hombres á los que se unieron dos perseguidos por la justicia, formó su partida en abril—1872—con la que anduvo errante y perdido hasta fin de setiembre, que entró ya en Alcalá con el carácter de cabecilla, pidió fondos y reclutó hasta 30 jóvenes; con 60

volvió á entrar á los dos meses en Alcalá sorprendiendo á la guarnición compuesta de una compañía de carabineros y una sección de voluntarios, de los cuales mataron dos los de su partida, que encontraron en las calles y obligaron á la demás fuerza á refugiarse en la casa Ayuntamiento, y sitiada, cuando Cucala había dispuesto incendiar la puerta para abrirse paso y apoderarse de los que se defendían, llegó á la estación del ferro-carril un tren con el general Baldrich y alguna tropa y huyeron precipitadamente los carlistas. Al frente de unos 200 hombres, que reunió en breves días, supo el 14 de diciembre en Cuevas de Vinromá que le perseguían una columna procedente de San Mateo y otra de Alcalá de Chisvert, y queriendo probar el valor de sus voluntarios, tomó posiciones, resistió el ataque de la primera columna, la cual, viendo que no llegaba la que esperaba de Alcalá, se retiró, sin que sucediera lo que la *Gaceta de Madrid* dijo. A los pocos días Cucala y don Ignacio Polo, confitero de Cinctorres, con su partida de unos 150 hombres, se propusieron desde Benasal sorprender á la columna liberal que estaba en Sierra Engarceran, inferior en número y cerca de Villar de Canes: no la hallaron en disposición de ser sorprendida, y se trabó un combate que duró tres horas. Agotadas las municiones de los carlistas, pretendieron cargar á la bayoneta, pero solo la tenían unos 60.

Encargado don Manuel Lopez Caracuel del levantamiento de Andalucía, donde había seguramente muchos elementos, especialmente en el ejército, y podríamos presentar los nombres de todos los comprometidos por obrar en nuestro poder las listas, consiguió solo formar en Sierra Morena una partida que se encargó de destruir el teniente coronel de la guardia civil, Gonzalez, quedando aquel prisionero con otros. El general de Marina don Romualdo Martínez Viñalel pretendió con el comandante Navarrete y otros proclamar á don Carlos en la provincia de Murcia y fueron presos en el punto de su reunión por el alcalde y voluntarios de la libertad, de Fortuna. La partida que logró levantar Corcho en la provincia de Cáceres la disolvió Cuesta en Llano Robles; el indulto otorgado á Briones y Nebreda Gonzalez, sirvió de pretexto para dar por pacificada la provincia de Toledo, y la verdad es que Bermudez pasaba y repasaba el Tajo, se acercaba la capital y operaba tranquilamente por puntos que, con un poco de prevision y dadas las condiciones de su gente, hubiera sido detenido y destrozado por una cuarta de compañía. Don Lucio Dueñas, cura de Alcabon, volvió en mayo á campaña, á la que le arrastraba su arraigada fe carlista, invariable á pesar de haber estado próximo á ser fusilado y dado garrote: no le imponía el suplicio; creía un deber pelear por la causa carlista, y cuando recibió la orden de 21 de abril, fué con solo un hombre al pueblo de Albarreal, detuvo á la ronda, sorprendió al alcalde, y diciendo que tenía cercado el pueblo, sacó cuatro caballos, y montando él y su acompañante, fueron á ir reuniendo su gente. Formáronse otras partidas, que operaban tan pronto unidas como separadas, pero faltas de organización: invadían pueblos como Lechosá haciendo frente á una pequeña columna de guardia civil, entraron en Siruela, retrocediendo á los montes de Toledo, penetrando en el camino en la Puebla de don Fadrique, sin hallar aquí la resistencia que en Escalonilla, cuyos liberales se defendieron en la iglesia y ayuntamiento, avanzaron hasta Fuensalida, 10 leguas de Madrid, recibiendo el pueblo en masa, aun atravesaron la carretera de Madrid á Toledo por Illescas, aproximándose mas á la corte; pasaron el Tajo cerca de Aranjuez, detuvieron el tren que iba á Toledo, sin molestar á los viajeros, tomando solo los periódicos, pernoctaron á dos leguas y media de Toledo, y no dejó de alarmar en Madrid el que unas partidas que, según los partes oficiales, se consideraban acosadas y derrotadas corriendo á salvarse en Portugal, se presentaran casi á las puertas de la corte.

Eran evidentes las ventajas que obtenían aquellas partidas, pero inútiles, porque les faltaba un jefe que supiera conducirlas é imponerse, que evitara las rivalidades que se suscitaban entre los toledanos y los de Ciudad Real, que produjeron disgustos y fraccionamientos; no se supo, ó no se quiso, aprovechar la salida de Toledo del general carlista Marconell, y en todo se notó la carencia de una dirección acertada.

Hierro y Pastor levantaron alguna gente en la provincia de Palencia, acabando por ser herido Pastor y apresado. En Salas de los Infantes, Pinedo con su partida acorraló en el cuartel de la guardia civil á la poca fuerza que de esta arma había, defendióse valiente, sosteniendo la lucha aun después de muerto su jefe, y decididos los carlistas á que se les rindieran, rociaron el edificio con petróleo, le prendieron fuego por sus cuatro costados y se vieron sus defensores precisados á entregarse. La partida de Quintanilla que se levantó en Leon tuvo que refugiarse en Portugal; Vallés en la provincia de Oviedo fué batido, así como Rosas, obligándole á internarse y á presentarse á indulto algunos de sus partidarios y Gordito, obligando después á la gente de Rosas á dispersarse. Hévia, que con su gente excitaba el espíritu carlista en Asturias, fué herido de gravedad en un encuentro, y su partida se corrió hácia Leon. La del antiguo carlista Suarez, levantada en la provincia de Orense, atacada por una columna de carabineros, se disolvió en Bande, quedando prisionero el jefe.

La guerra civil se podía dar por terminada, aunque no se podía asegurar que no renaciera como el fenix de la fábula. Todos estaban asombrados de aquella conclusion inesperada. Apenas se comprendía que lo que en Navarra, particularmente, comenzó tan pujante acabara tan fácilmente. Cuando al principio de la insurrección hubo pueblos y valles enteros en aquella provincia en los que no quedó un hombre capaz de sustentar el peso de las armas que no corriera á empuñarlas; cuando muchos párrocos dieron el ejemplo marchando á la cabeza de sus feligreses, cuando las mujeres animaban á los tímidos, encendían á los tibios é insultaban á los indiferentes ó contrarios, y ellas mismas colocaban en el pecho de sus maridos y de sus hijos, cual si diamantino escudo fuera, el corazón simbólico robustecido con el famoso mote *detente bala*, y les impelían á morir y matar en defensa de una religion invulnerable y de un maneo desconocido; cuando por do quiera se veía un vértigo belicoso, solo comparable, aunque no por su objeto, al que produjo la publicación de las primeras cruzadas; cuando esto era el fruto de las semillas que desde el púlpito y desde el confesionario se venían derramando hácia algunos años en el terreno de la ignorancia, germinando al abrigo de la mas completa impunidad, no se concibe cómo desapareció todo. Solo cometiendo los mismos carlistas los errores, las faltas que dejamos expuestas, errores y faltas en que volvieron á incurrir, y lo que es mas lamentable aun, que no supieron aprovechar los liberales, que á saberlo, hubiéranse ahorrado muchos infortunios.

## CAPITULO VI

Crisis carlista.—Jefatura de Dorregaray.—Nuevo alzamiento carlista.—Política liberal.—Alfonsinos.

No dándose los carlistas por vencidos, formaron en Bayona y otros puntos nuevos comités para reunir fondos y preparar otro alzamiento: expidió una circular el centro reservado de Madrid diciendo que si don Carlos callaba era porque se ocupaba activamente en organizar de una manera eficaz los elementos de triunfo, dispuesto á no cejar hasta vencer, que no había que desanimarse, sino levantar el espíritu, hacer otra vez sacrificios, olvidar rencillas, inspirarse en el sentimiento cristiano que era todo caridad y desprendimiento, y formar en todas partes comités para reunir fondos y prestar toda clase de servicios. Dividía á los carlistas, ó mas bien afectaba á todos ellos, una cuestión que llegó á revestir gran importancia, hasta el punto de decirse que la situación por que aquellos atravesaban era una balanza, en la cual pesaba de un lado la España tradicional y de otro el señor Arjona, secretario de don Carlos. Considerada por todos funestísima su influencia para la causa carlista, se obstinó don Carlos en sostenerle, se consideró ofendido con los que querían imponerse, manifestó que los que no le obedecían no eran carlistas, y que estaba resuelto á quedarse solo, con la bandera, antes que consentir imposición alguna. Tan poco justificada como impolítica é inconveniente obstinación, exaltó los ánimos de todos los carlistas, se hizo mayor la division entre los viejos

y los nuevos, produjéronse grandes conflictos y se paralizaron los aprestos belicosos. La causa carlista pasó por una de sus mas terribles crisis. Don Carlos no tenía á la sazón mas consejeros que su secretario, Elio y Manterola; el primero pretendiendo dirigirlo todo, el segundo entregado á su habitual indolencia, y el tercero procurando suavizar asperezas, allanar dificultades, y queriendo contentar á unos y otros, lograba disgustar á todos. Sin resolver don Carlos la grave cuestión pendiente, insistió en un nuevo levantamiento; se le expuso que, sin discutir sus determinaciones, «sería convenientísimo para la marcha del partido que retirara de su lado á su secretario,» sin cuya medida juzgaba la junta que don Carlos no llegaría á sus aspiraciones, y los esfuerzos de la junta serían inútiles. En contestación, ofició Arjona de orden de don Carlos ofreciendo á la junta 8,000 fusiles; no estimó esta suficiente tal oferta para verificar el movimiento, diciendo que tenía la convicción de que nadie respondería á causa de que las personas que rodeaban á don Carlos no inspiraban confianza, por haber engañado repetidas veces dichos señores durante la campaña; que la junta estaba en la creencia, por haberlo dicho Manterola, de que Arjona no entendía ya en los negocios oficiales y solo era un secretario particular de don Carlos; que aquella corporación tenía antes amplias facultades para la cuestión de armamento y organización militar, sin las que no hubiera admitido dicho cargo, y ahora se encontraba con estas limitadas hasta el extremo de que apenas podía llamarse con propiedad junta de guerra, y que en virtud de las atribuciones con que se creía revestida se había ocupado con actividad en buscar recursos, enviando emisarios á Inglaterra, Bélgica, Italia y otros puntos, esperando el resultado para en caso de ser favorable, emprender el movimiento que estaba resuelta á verificar sin perder un instante. Al recibir don Carlos el acta en la que se consignaba lo anteriormente expuesto, disolvió la junta, considerando inútiles sus trabajos y determinando entenderse directamente con los comandantes generales de las provincias.

La disuelta junta vasco-navarra (1) que no esperaba la grande ofensa que se le hacia, expuso á don Carlos los servicios que había prestado, sus buenas intenciones en lo que hubiese errado, y aunque acatando la voluntad soberana quedaba disuelta, «á fuer de leales, añadían, debemos prevenir á vuestra majestad que considerándonos depositarios de la confianza de nuestros paisanos, dispuestos como estamos á morir, guardando con amor el tesoro de nuestra fe religioso-política, y á trasmitirla á nuestros descendientes, procuraremos invitar en nuestro favor y apoyo á las personas mas distinguidas de la comunión católico-monárquica, para que, nombrando una junta directiva, salve á nuestra amada patria del desorden y caos en que se ve envuelta, haciendo brillar la religion y el derecho.—Esperamos que V. M. ni nadie podrá ver en este comportamiento otro móvil que el patriotismo mas acendrado y el de la mas recta conciencia.» Don Carlos, dejándose llevar por su precipitado consejo ó por el poco acertado de los que le rodeaban, declaró rebelde y sediciosa toda junta ó corporación que se reuniese sin su orden ó autorización, y como sedicioso y revolucionario todo acto público que una junta ó reunión de carlistas hiciera sin su permiso ó orden.

Agravada la crisis de la causa carlista, reuniéronse en Burdeos los representantes de sus periódicos de Madrid, leyó don Carlos un *memorandum* sobre la situación que se atravesaba, y Arjona ciertos documentos sobre sucesos pasados, dióse cuenta de que de los legitimistas franceses y de los católicos de Europa solo se habían obtenido unos 80,000 francos, que en cuanto se cobraran se enviarían á Cataluña; dijo Arjona que los católicos continuaban enviando sus oraciones á Dios y su dinero á Roma; se convino en que el partido se encontraba en circunstancias gravísimas, acordando unánimes los representantes de la prensa convocar una reunión de personas notables para buscar el medio de conjurar el conflicto; no se quería esto cuando Arjona declaró que don Carlos no aceptaba este medio, y que estaban los

(1) La componían los señores Polo, Carasa, Valde-Espina, Martínez de Velasco, Saenz de Ugarte, Aguirre (don Juan Bautista), Lizárraga, Cathalineau, Milla, y como secretarios Peralta y Argüelles.

periodistas en el caso de decir claramente cuál sería su actitud si surgiese una disidencia pública entre el rey y una parte mayor ó menor del partido. Sinceramente manifestaron los representantes de la prensa la ineficacia de sus esfuerzos contra la opinión general tan explícitamente declarada por el relevo del señor Arjona; mas no satisfacía esto, y se procuraron contestaciones ó declaraciones particulares que nada significaban, si bien procedieron los periodistas con nobleza y dignidad y tuvieron la debida entereza.

No se remediaba así la situación de los carlistas, aun cuando todos se lamentaran de lo que sucedía; agravóse con la dimisión de los comandantes generales de las provincias Vascongadas y de Navarra; en las cartas que mediaban entre los principales personajes carlistas, no se combatía solo á Arjona, sino á don Carlos, al que se daban calificativos poco respetuosos y que demostraban, si necesidad de demostración hubiera, lo que se debilitaba la fe y el entusiasmo de unos partidarios que tan en alto grado poseían aquella virtud y aquella cualidad. Volvieron á pensar algunos en Cabrera, Lizárraga escribía á sus amigos de la Rioja exponiendo grandes verdades envueltas en excéntricas consideraciones y especialmente en exageradas manifestaciones religiosas: se evidenció mas el antagonismo de los viejos y nuevos carlistas, de los partidarios y enemigos de Cabrera, y la lucha que comenzó en Francia cundió en España, y se mostró en algunos puntos una division, que á haberla sabido aprovechar los liberales, hubiera sido verdaderamente funesta para los carlistas. Lo que favoreció á estos fué su entusiasta adhesión á don Carlos, á pesar de la manera con que trataba á algunos, del rigor empleado con los autores del convenio de Amorevieta, considerado *tan vil* como el de Vergara, y de que escribiera el secretario de don Carlos estas líneas ocupándose de los individuos de la disuelta junta vasco-navarra: «Insurrectos vergonzantes, no detendrán la marcha de los trabajos.... Prescinda V. de contemplaciones y entrevistas.... sin ellos podemos empujar los trabajos.... Verá V. qué poca falta hacen esos *detenedores* de movimientos, satélites de Cabrera, y ¡oh vergüenza! de Cabrera alfonsista! En el terreno militar, esa junta es una sedición colectiva mas.... ¿No querrá Dios que acaben de hacer un acto público ostensible, para tirar de la manta y enseñarlos desnudos al país?... En cuanto al país vasco-navarro, ahí está el quid: vencer el marasmo que ellos infunden, y punto concluido; el ver fusiles hará milagros, mal que pese á los insurrectos. Estamos, pues, respecto á los disidentes, lo mismo que el día que V. llegó aquí...»

En aquella confusión de opiniones, ó de apreciaciones, y en aquella insensata tiranía de poder y carencia absoluta de buen criterio y sano juicio, se llegó á ver solo don Carlos sin tener un jefe que organizara los trabajos, y cuando era mas necesario, por las ofertas que se hacían á los de Cataluña que, con tan inauditos esfuerzos, como vimos, sostenían la guerra esperando renaciera en otras provincias. Era absolutamente indispensable un jefe, y llamó don Carlos á Dorregaray que estaba curándose en Valencia: acudió solicito afrontando riesgos, y empezando á experimentar disgustos, siendo fundado el que le produjo el que se le reemplazara en Valencia sin consultarle, y mas considerando desacertadísima la elección que se hizo, lo cual probaba el criterio que en todo presidía.

La elección de Dorregaray conjuraba en parte la crisis que amenazaba concluir con los carlistas. Aceptó, pues, la comandancia general de Navarra y provincias Vascongadas, se trasladó á la frontera; privado del necesario apoyo por la division que reinaba entre los jefes carlistas, recurrió á los de menos categoría, lo cual disgustó á los que desde entonces se le mostraron rivales, mermando esto mucho su fuerza moral y el prestigio de su autoridad, y creyendo don Carlos aumentar este con un acto de rigor, que no fué considerado como de justicia, destituyó á Carasa, á Valde-Espina, á Aguirre y á Velasco, de las comandancias que ejercían desde Francia, reservándose hacerles comparecer en su día ante un consejo de guerra. Solo obrando en nuestro poder los documentos que prueban cuanto venimos exponiendo, podríamos dar crédito á tal cúmulo de anomalías, de inconveniencias, de verdaderas locuras, aunque hemos de ver mas.